



EX LIBRIS



MAREA
EDITORIAL

Eva Eisenstaedt

PADRES
de **PLAZA**
DE MAYO

Memorias de una lucha silenciosa

MAREA
EDITORIAL

Prólogo de Robert Cox



Bruno Palermo





MAREA
EDITORIAL

Foto: Bruno Palermo junto a su hijo Norberto en su casa del barrio de Parque Patricios, en noviembre de 1972.

“Meternos en la Plaza de Mayonos llevó años”

Acepté la recomendación que Marcos Weinstein me hizo al comienzo de mi investigación, y traté de contactarme en primer lugar con Ángel Lepíscopo. Pero el destino me tenía preparado otro camino.

En noviembre de 2008 me encontré con el primer Padre: Bruno Palermo. Me propuso que nos reuniéramos en la puerta del café Gran Victoria, en Hipólito Yrigoyen y Defensa.

Lo primero que Bruno quiso saber era si yo también tenía hijos. Pensé por un momento que esa pregunta le facilitaría “reconocerse en el otro”: crianza de hijos, experiencias y aprendizajes de padres inexpertos, la escuela, los juegos.

A pesar de los ruidos molestos y los bocinazos ensordecedores, él estaba sonriente y abierto al diálogo. Se divertía contando orgulloso los avatares con final feliz de su salud actual.

En cuanto a los pasos realizados para averiguar el paradero de su hijo Norberto, desaparecido a los veintiún años mientras hacía el servicio militar, el relato fue un lento goteo entrecortado. Le resultaba pesado retroceder en el tiempo. Gastó mucha suela de zapatos en la búsqueda.

¿Quiere saber quién soy? ¡La edad, no! Tengo la edad de mis sueños. Se me van ocurriendo tantas cosas: vamos a decir que

soy un Padre de Plaza de Mayo por el hecho de tener un chico de veintiún años desaparecido, Norberto Hugo.

Soy bancario. Durante cuarenta años fui bancario en el Banco Mercantil, en la sucursal de Santa Fe y Canning. Trabajaba allí en los tiempos que desapareció mi hijo. Ahí me pasó. En 1975, antes del Golpe. Él desapareció el 14 de octubre de 1975. Era conscripto en los cuarteles de Campo de Mayo, en la Escuela de Caballería.

Hasta hace cuatro meses vivía en Parque Patricios. Me mudé después de cincuenta y cinco años. Mi casa era una “casa chorizo” como las de antes. Muy grande, con entrada, parque. De la puerta al fondo había sesenta y cuatro metros. Yo siempre hacía todo, cuidaba el jardín, las plantas. Esa zona ahora se llenó de depósitos; hay muy pocos habitantes. Por eso decidí cambiar.

“Aquello” pasó en 1975. Mi señora era ama de casa. Se enfermó de párkinson muy joven, a los cuarenta y ocho años. El asunto de nuestro hijo la afectó muchísimo. Cuando nos pasó lo que pasó, le voy a decir: es difícil sobrellevarlo si uno está encerrado todo el día. Yo estuve tres meses sin trabajar, pero después el trabajo me ayudó.

A veces, cuando la gente me preguntaba cómo hacía para estar bien, mi respuesta era “llevo una vida metódica con la comida y no hago cosas raras”. Pude sobrellevar la pena mejor que mi señora. Los sábados y domingos me iba al fútbol porque era referí. Para ella estar todo el día en casa fue terrible. Ella tenía una hermana con la que se llevaba muy bien, formaba parte de mi familia. ¿Pero qué pasó? A mi señora la llamaban por cualquier cosa, si les dolía una uña, recurrían a ella. Siempre estaba dispuesta, por eso decían que era una santa. La llevaban siempre a los té canasta de la Liga de Madres de Familia en la Iglesia San Bartolomé. Pero cuando nos pasó esto ya no vinieron más. Se portaron muy mal con ella. Se borró toda la familia hasta el

día de hoy: mi cuñada, el esposo, los hijos. Por otro lado, una vecina venía todas las tardes a entretenerla. La querían todos. En cambio mis hermanos nos ayudaron mucho. Y mi hermano que estaba en Mar del Plata vino de inmediato al Congreso cuando se enteró.

Mi señora se suicidó en 1984. Después de ocho años no aguantó más.

Luchar era muy duro. Hay que sufrirlo y pasarlo para darse cuenta. Uno no es más que un ser humano. Es un tema muy difícil. Si el hijo se enferma, uno lo cuida. Pero así...

Después hice una nueva pareja. Ella ya tenía chicos y juntos tuvimos dos más. Pero se enfermó y entonces me quedé con mis hijos, un varón y una niña, después de una batalla feroz porque no me los querían dejar. Me costó cuatro años de lucha con la jueza de minoridad y con el secretario.

Me jubilé en el año 1986.

En la década de los 70 existía el servicio militar, se abolió recién con Carlos Menem. Es lo único que tengo que agradecerle. Se hacía a los veinte años. Norberto tenía veintiuno. Era un buen chico. Enseguida fue asistente de un oficial; en junio lo ascendieron a dragoneante, que es el nivel de un cabo conscripto. Cuando lo ascendieron, fuimos con mi señora al acto en Campo de Mayo. Norberto trabajaba en la empresa Bunge y Born. Militaba desde antes, desde los catorce años. Había ido al Comercial de Entre Ríos e Independencia. Y cuando lo desaparecen estaba estudiando psicología en la Facultad de Filosofía y Letras.

Ya pasó mucho tiempo. Sin embargo nunca hablé del tema. Hace tres o cuatro años, en la Casa de las Madres me animé a hablar. Soy muy sensible. Las Madres son más duras, más fuertes.

Y con Hebe de Bonafini me enojé. Tiene una polenta que ojalá la tuviera yo. Sin embargo, a los tres o cuatro años de la

desaparición de mi hijo, cuando le fui a hablar, no me dio ni cinco de bolilla. Al fin y al cabo yo era contador de un banco y pretendía que por lo menos me escuchara. Como no lo hizo, no le hablé más.

¿Qué hacíamos los Padres cuando las Madres con sus pañuelos hacían la ronda? Yo estuve tres meses yendo de un lado a otro haciendo gestiones. Todos los Padres nos pusimos a averiguar para saber el paradero de nuestros hijos. Estábamos desesperados. Fui a ver al secretario de Videla, a militares importantes, a monseñor Graselli. ¿Y qué nos preguntaban? Cuáles eran los amigos de nuestros hijos. Era una campaña preparada por ellos. Sabían que íbamos a ver al monseñor, a tal o cual general, a tal secretario, al embajador de Estados Unidos. Yo, como estaba en el banco, conocía al agregado general de Estados Unidos y fui a verlo. Y también fui a Paseo Colón a un Ministerio. No me atendieron en la oficina sino en el pasillo. El tipo miró aquí y miró allá por si alguien nos veía. “No puedo hacer nada”, me dijo. “¿Con quién andaba su hijo?”. A ninguno jamás le di el nombre de compañeros de mi hijo. Todos me lo pedían. Yo no contesto infamias. Esta historia la hizo una organización asesina. Sabían perfectamente lo que tenían que preguntar, estaban preparados para eso.

Entre los que buscábamos a nuestros hijos había muchos que tenían familiares militares como Taty Almeida, una Madre de Plaza de Mayo - Línea Fundadora. Los fue a ver pero tampoco sirvió de nada.

No sé por qué, mientras las Madres hacían la ronda a nosotros no nos dejaban ingresar. Nos corría la policía. Era increíble. Una vez vino Pérez Esquivel, el Premio Nobel de la Paz, y yo aproveché para pasar detrás de él. Hacíamos esas cosas. A veces veníamos de a dos. Yo llegaba en quince minutos del banco y nos turnábamos. Pero no nos dejaban estar, era una lucha infernal. Uno vivía así.

Yo no me caí como otros Padres por dos motivos: el deporte y el trabajo. Ambos me ayudaron a sobrellevar la búsqueda y la espera. Tenía una platea en el Club Huracán donde iba regularmente. Ahí había una pequeña pared que salté en más de una oportunidad: ¡me ponían las manos y quedaba con los pies en el aire! Cuando se lo conté al médico, los que me escuchaban aplaudieron y dijeron “¡Qué viejo loco!”.

Ahora inauguraron los Campeonatos Evita en Mar del Plata. Yo los dirigía antes. Y tengo un silbato que me regaló Perón. Nunca fui peronista pero ese silbato con la efigie de Perón y Evita lo tengo de recuerdo.

Con Silvia, mi hija, nos apoyamos mucho. Los hermanos se llevaban muy bien. De chicos eran muy compinches. Ella me dijo que se salvó por “esas cosas”, pero se salvó. Yo tenía mucho miedo por Silvia porque el día que me llamaron por teléfono avisando que Norberto no se había presentado en el cuartel, ese día había dos chicas en mi casa. Si hubiera venido la patrulla como solía hacer y se encontraba con las chicas, se las llevaban a todas y a mi hija incluida. Eran militantes, nada más que eso: militantes. Mi hija se quedó conmigo. Otro chico de la cuadra, Carlos Vivas, un amigo de la infancia, también desapareció.

Esto no es fácil. Yo quiero que se enteren los demás para que quede en la historia. No tiene que pasar nunca más. Pero con la oposición que tenemos, no estamos tranquilos. Hay un odio contra los Kirchner. Me pasa con mi hermano. Cada vez que vamos a Chacarita, discutimos. El odio lo sienten por los dos, por Néstor y por Cristina. Yo le digo: “¿Qué te hicieron? Tenés una buena posición económica, dos jubilaciones, ¿qué querés, de qué te quejás?”.

Tengo una foto con Kirchner, estábamos en la ex ESMA y de repente me agarró del brazo; entonces les avisé a los otros Padres y nos sacamos una foto todos juntos. ¡Y hasta salimos en la tele!

Meternos en la Plaza de Mayo nos llevó años. Recién cuando se fueron los milicos cambió la cosa. Hace más de veinte años que vengo. La primera vez que falté fue cuando estuve internado nueve días en terapia intensiva. Para mí venir es sagrado. No tengo dónde poner una flor. Por toda mi familia voy una vez por mes con mi hermano a Chacarita, por mi señora y por mi hermana. En cambio para mí venir a la Plaza es una forma de descargar. Vengo siempre. Yo digo lo siguiente: mientras me den mis piernas, seguiré viniendo todos los jueves. Este es mi lugar de la memoria. Yo lo necesito.

Norberto Palermo cumplía con el Servicio Militar Obligatorio en la Escuela de Caballería de Campo de Mayo desde febrero de 1975. Tres meses antes de finalizarlo, la familia recibió un llamado telefónico notificándole que no se había reintegrado después del franco de tres días. Luego de arduas averiguaciones, Bruno pudo constatar que Norberto estaba “depositado en la morgue del cementerio de San Miguel”. Fue acompañado por su hija Silvia y la novia de Norberto, Miriam Fiszbein, ya fallecida, para reconocerlo. Estaba atrozmente mutilado. Pese a infructuosas gestiones, el cuerpo nunca le fue entregado.

Norberto continúa desaparecido desde el 14 de octubre de 1975.

En memoria de Norberto se colocaron dos baldosas; una en la entrada de la Escuela Primaria provincia de Entre Ríos el 14 de octubre de 2007, y otra en la Escuela de Comercio N° 5 José de San Martín el 14 de octubre de 2012.

En marzo de 2008, Silvia Palermo hizo la presentación como querellante en la causa “Campo de Mayo” en el juzgado de San Martín. En 2012 la citaron para una declaración testimonial. La causa sigue abierta.

ÍNDICE

Prólogo	9
Introducción	15
Bruno Palermo	25
Mauricio Brodsky	33
Ángel Lepísopo	43
Ricardo Braverman	51
Julio Morresi	61
Abraham Dyszel	73
Julio Lareu	81
Marcos Weinstein	93
Teobaldo Altamiranda	109
Benjamín Schwalb	119
Lisandro Cubas	131
Oscar Hueravilo Curihuinca	143
Epílogo.....	153
Agradecimientos.....	155
Bibliografía	157